

descrito en los párrafos anteriores nos lleva de la mano al expediente de prisión de Eulogio Rodríguez, y en este caso la exquisita atención de los responsables del Archivo Histórico del centro penitenciario de Cuenca ha sido siempre digna de agradecer. Tampoco debió de ser pesada mi carga cuando amablemente me invitaron hace un par de años, y así se hizo, a dar una charla a los internos, y precisamente sobre la guerrilla antifranquista. La atención fue inmensa y las preguntas de lo más curioso. Todos los asistentes sabían de armamento mucho más que yo).

(Pero este largo artículo para la revista Entremontes no hubiese sido posible si de nuevo el azar, objetivo, en pie por el ya nombrado y estupendo amigo Manuel Martínez, no se vuelve a materializar de nuevo en forma llamada telefónica. “Oye, sabes que el guerrillero de La Huerta de Marojales, Eulogio Rodríguez, está vivo y reside cerca de Valencia. Además, que quiere subir a La Serranía y recorrer estos pueblos, con 95 años. Su hijo está preocupado. Llámale”. Habían pasado cuatro años desde la anterior conversación. Yo, acostumbrado a las despedidas tristes (nos habían faltado “Grande”, “Carrete”, “Teo”, “Chaval”, “Celia”, “Rubio”, Salazar), ya casi no lo tenía en mente. Y más echándole 90 años bien cumplidos y siendo, por ende, el primer maqui preso en la cárcel de Cuenca, el único superviviente de la primea expedición que llegó a los montes del Sistema Ibérico, luego tan poblados de guerrilleros y enlaces y guardias civiles. Y descolgué el teléfono, y marqué su número. Y desde entonces lo he hecho con asiduidad).



Eulogio Rodríguez (Quartell, 2011, foto de Salvador F. Cava).

(Durante los días (4, 7 y 14 de mayo, 2011), por la tarde, pudimos charlar de sus recuerdos, de forma tendida y ordenada. En la casa de su hijo del pueblo de los Valles, en Quartell. Me trasladé desde Valencia. En una de las idas una tormenta de lluvia acortinada y oscuridad profunda acompañó el rumor mental de mis preguntas. Hasta el mar Mediterráneo, que normalmente acuna parte del trayecto de la carretera, aquel día parecía atormentarla con pesadillas de enfebrecida rabia, como una memoria que no adolece de cumplidos y se identifica con el rumor de voces libres. Pero podía más la sugestión del relato, de la añoranza reivindicativa de unas gentes que vivieron su momento de protagonismo con la causa común de la dignidad colectiva. Buena parte, por no decir toda, de esta nueva entrega para la revista *Entremontes* se debe a los pasajes hilvanados de aquellas charlas. Me encontré con una familia joven acogedora, la de su hijo Agustín. Y también con un hombre mayor, con genio y actividad, consumado lector y conversador ágil y de principios asentados. Había estado otra vez recorriendo aquellos pueblos de su lucha, con el disimulo de vendedor de máquinas de escribir. Y ahora insistía que aún quería volver para agradecerles a aquellas gentes, supongo que a sus descendientes, el buen trato que le otorgaron, a pesar de las inclemencias, del sufrimiento y la muerte. Y como norma, todos sus recuerdos van sin encasillar, no así todo el aparato complementario recogido en otras entrevistas, libros sobre el movimiento guerrillero, páginas de Internet y diversos archivos, que para no